

MACA FERREIRA

al otro lado del camino

UNA MIRADA AL
INTERIOR DE LA
FAMILIA MÁS
QUERIDA

BIENVENIDOS A
Costa Serena



Costa Serena
Vol. 0

M A C A F E R R E I R A

al otro
Lado del
camino

*Costa Serena
Vol.0*

Al otro lado del camino

Costa Serena Vol.0

Enero 2025

© Maca Ferreira, 2025

Edición y diseño de portada: Maca Ferreira

Los personajes y acontecimientos reflejados en este relato son ficticios, cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Este relato es de difusión gratuita cedido por la autora para sus lectores.



Me puse de lado y comprobé que la falda estuviera en el lugar justo para llamar la atención sin resultar vulgar y sonreí a mi reflejo en el espejo. La tarea que me esperaba no era sencilla, pero si alguien podía conseguirlo, era yo.

Había perfeccionado mi técnica: una mezcla de inocencia y madurez que, según mis amigas, dejaba a todos los chicos sin palabras y babeando a mis pies. Y esa noche era especial; no era una fiesta cualquiera en la playa, era mi oportunidad.

«La oportunidad».

La rarita de Estrella estaba lejos, como cada verano, y yo no pensaba desaprovechar la ocasión de acercarme a Fede, el chico que me hacía sentir cosas que ningún otro idiota del pueblo lograba, e intentar conseguir su atención. Que llevara tiempo saliendo con Estrella era un detalle menor. Las relaciones van y vienen, pero una química como la nuestra era algo único.

Fede y yo estábamos destinados a ser algo grande. Importante.

Cuando llegué a la playa el sol ya comenzaba a ocultarse en el horizonte. A mi alrededor los chicos se reunían en grupos, riendo, bebiendo y disfrutando del ambiente. Me moví entre ellos con la seguridad de que todos los caminos esa noche me llevarían a él. Y no me equivoqué.

Lo vi sentado cerca del agua, riendo con un par de amigos. Me quedé un momento observándolo. La manera en la que inclinaba la cabeza cuando

escuchaba a alguien, esa sonrisa cálida de dientes perfectos, y cómo el fuego jugaba con sus mechones rubios despeinados... Dios, era irritante lo perfecto que podía ser. Pero todos tenemos debilidades, y yo era su mayor oportunidad para darse cuenta de que había algo mejor que ese intento barato de gótica que tenía por novia.

Caminé hacia él con paso decidido, ajustando la sonrisa y contoneándome como si mis caderas fueran mi mejor arma secreta. Me detuve frente a su grupo y dije con la voz más dulce que pude:

—Hola, chicos. Perdonad que os interrumpa... Fede, ¿puedo hablar contigo un momentito?

Él levantó la mirada y sonrió al verme. Esa sonrisa... Cada vez que la veía, el mundo entero se detenía y una corriente eléctrica me recorría la espalda y me mojaba la ropa interior.

—Claro, Sara. ¿Qué pasa?

—Es algo importante. ¿Puedes venir conmigo? No tardaremos mucho.

«O sí, depende de ti».

Fede se levantó y yo contuve las ganas de lanzarme a su cuello cuando el olor de su colonia me inundó la nariz. Porque, claro, encima de guapo, alto y en forma, olía como un condenado dios del Olimpo.

Lo guie hacia una parte más apartada de la playa, donde estaríamos libres de miradas indiscretas y el ruido del mar era más fuerte que las risas de todos esos idiotas que revoloteaban alrededor de las chicas. El corazón me latía con fuerza cuando nos detuvimos; me giré y él me miró con curiosidad e interés.

Me mordí el labio, una técnica infalible según mi experiencia, pero él solo ladeó la cabeza, como si fuera inmune a mis encantos.

No perdí la esperanza.

—Yo... —comencé. Fingí que las palabras se me atoraban en la garganta. Inspiré hondo y empecé de nuevo—. Fede, te he traído hasta aquí porque... Necesitaba decirte que...

—¿Qué ocurre, Sara? ¿Estás bien?

«Ahí lo tienes. Has captado su interés. Siguiendo nivel», me dije.

Di un par de pasos más hacia él y le puse una mano en el pecho.

—Fede —susurré y levanté la vista para conectar con sus ojos azules—, creo que eres increíble. No solo porque seas simpático y guapo, y siempre estés dispuesto a ayudar a los demás, sino porque eres... único. Mucho mejor que los demás. Más hombre... Más todo. Y siento que nadie te comprende en realidad. Nadie te entiende como lo hago yo, porque en el fondo somos iguales: populares, con padres inexistentes y fríos...

La sonrisa de Fede se desvaneció lentamente.

—Sara... —empezó a decir, pero lo interrumpí. Aún no había terminado mi discurso persuasivo.

—No digas nada. De verdad, sé que podría hacerte feliz si me dejas intentarlo. Ella no está ahora, pero yo sí. Siempre estoy aquí para ti, solo dame una oportunidad para...

—Sara, por favor —me interrumpió.

Suspiró y me agarró de la mano que aún tenía apoyada en su cuerpo. El gesto fue suave, aunque distante. Bien, había llegado el momento de quemar mi último cartucho.

Me puse de puntillas y posé los labios en su boca dispuesta a darle el mejor beso de su vida. Sin embargo, solo necesité unos segundos para darme cuenta de que aquello no surtía el efecto deseado, pues el cuerpo frente a mí estaba completamente rígido y no movía los labios ni respondía al contacto.

Cuando se separó, las mejillas me ardían de la vergüenza.

Mierda. ¿Era de hielo, o qué?

—Esto no puede ser, Sara. Eres una chica preciosa, de verdad, pero no podemos...

—¿Por qué? ¿Por ella? —le pregunté con desprecio—. No tiene por qué enterarse de esto. Además, ¿quién te dice que no está haciendo lo mismo con

algún palurdo de ese pueblucho? Dos meses es mucho tiempo para estar separados.

—La esperaré dos vidas enteras —dijo rotundo y dramático—. Estrella me hace querer ser mejor, me reta y me inspira. Y quiero pasar el resto de mi vida con ella.

Cada palabra fue como una aguja directa al corazón. Intenté apartarme, pero no pude. Y aunque quise, hablaba con tanta pasión y adoración que me fue imposible odiarlo como merecía.

—Solo tienes dieciocho años, por el amor de Dios. ¿Cómo puedes saber eso? —le lancé a la desesperada—. ¿Y si te das cuenta demasiado tarde de que no es para ti? Habrás perdido muchas oportunidades. Oportunidades tan increíbles como la que tienes delante.

Fede sonrió y ese gesto cargado de seguridad me acalló.

—Entonces habré pasado un tiempo inolvidable a su lado. —Bufé—. Lo siento si te he hecho pensar otra cosa, Sara. No fue mi intención. Eres genial, de verdad, y alguien verá eso y te dará lo que mereces. Lo siento.

Sin esperar mi respuesta, se dio media vuelta y regresó hacia la hoguera.

Me quedé sola, viendo cómo su silueta se perdía entre las sombras. Los ojos se me llenaron de lágrimas de rabia que no dejé caer.

Lo seguí observando y, desde la distancia, lo vi sacar su teléfono y marcar un número. Aunque no pude escuchar lo que decía, esa sonrisa y la forma en la que se relajó me dejó claro que hablaba con ella. Con su Estrella...

Puse los ojos en blanco. Si no quería darse cuenta de lo que perdía al rechazarme, él se lo perdía.

Caminé hacia la orilla y dejé que las olas me tocaran los pies descalzos. Cuando levanté la mirada unos ojos intensos como la noche me observaban desde el agua. Fruncí el ceño cuando aquel chico elevó una ceja con desafío y se hundió con un ligero chapoteo, perdiéndose de mi vista.

—Eh...

Una débil sonrisa se abrió paso en mi cara.

Puede que Fede tuviera razón. Quizá había alguien para mí esperando en algún lugar y solo tenía que buscarlo.

Me deshice de la ropa y reajusté la braguita del bikini, dispuesta a encontrarlo.



Unir a parejas era una de las cosas que más me gustaban de mi puesto; sin embargo, casar a alguien un martes al mediodía en el salón pequeño del juzgado, justo antes de empezar mis vacaciones de verano, no resultaba precisamente la escena más idílica de la semana.

Para ser sincera, había esperado recibir a otra de esas parejas de conveniencia que terminaban el acto con una sonrisa forzada, recibiendo el aplauso desganao de los dos testigos obligados a estar allí; por el contrario, lo que me encontré fue totalmente distinto. Algo que, contra todo pronóstico, nunca llegaría a olvidar.

Los primeros en llegar fueron dos matrimonios: los padres de ambos. La madre de él, una mujer rubia de aspecto regio, caminaba como si aquel evento fuera más un castigo que otra cosa, mientras que su marido evitaba las miradas y se ajustaba la chaqueta como si no terminara de encajar en su propio cuerpo; parecía más incómodo que entusiasmado, a decir verdad. En el otro lado, sus consuegros. A favor de ellos diré que sí parecían más alegres, quizá porque la muchacha que los acompañaba, que lloraba y reía sin orden ni concierto, les contagiaba las sonrisas.

Y luego estaban ellos. Los protagonistas.

Entraron juntos. La novia no era más que una chiquilla; según la documentación acababa de cumplir los diecinueve. Llevaba un sencillo vestido

blanco adaptado para acomodar una barriga que ya no podía esconderse, y enseguida até cabos. Por supuesto, no dije nada, no solo porque no me correspondiese a mí hablar, sino porque hubo algo en la forma en que se miraron que me hizo sentir que aquella unión iba más allá de esa circunstancia. Tenían algo especial, una calidez y una emoción que contrarrestaban con el frío del momento. Él no era mucho mayor que ella, tan solo un año, según su documento de identidad, pero la miraba con una solemnidad y una ternura que no eran comunes en alguien de su edad.

Cuando ambos llegaron al final del pasillo y se colocaron frente a mí, supe que aquella no sería una boda cualquiera.

Antes de comenzar la ceremonia, me acerqué a ellos. No era algo que hiciera con frecuencia, pero quizá su juventud y las circunstancias del momento me inspiraron a asegurarme de que estaban allí porque realmente querían estarlo. Después de saludarlos, bajé la voz y miré directamente a Estrella.

— ¿Estáis seguros de esto?

Ella me devolvió la mirada con una expresión llena de sorpresa y a la vez agradecimiento. No tuve ninguna duda de que había sido la primera persona que le había preguntado su opinión al respecto del enlace.

Tras unos segundos, ella buscó la mano de él con un movimiento decidido, y con una leve sonrisa que se le escapó antes de que pudiera evitarlo, me dijo:

— Sí, lo estamos.

Su respuesta fue firme, pero lo que me convenció no fueron sus palabras, sino la forma en la que volvieron a observarse. Ese amor y determinación, esa devoción que se profesaban, no me dejó lugar a dudas de que querían unirse en matrimonio. Pese a que aquella boda fuera precipitada o, en cierto modo, impuesta, había algo real y genuino entre ellos. Asentí, y durante toda la ceremonia me dejé llevar por la extraña calidez que sentía en el pecho.

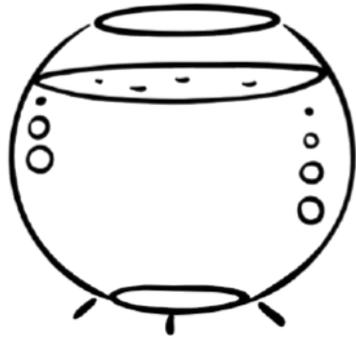
Una vez hubo acabado, no pude evitar quedarme unos minutos más en el salón, ya a solas, pensando en ellos; en cómo el mundo parecía haberse esfumado

alrededor de ambos y los ojos les brillaban con una emoción que no pudieron contener. En las palabras que el muchacho le dedicó a aquella chiquilla cuando llegó el momento de los votos y le prometió cuidar de ella y de su familia con su propia vida. Y en cómo se marcharon, con ella aferrándose a su brazo como si fuera su ancla en el mundo, y él dispuesto a enfrentarse a todos los obstáculos a su lado.

Aquel día esos jóvenes me regalaron una lección que nunca olvidaré.

Me recordaron algo que yo misma había perdido de vista hacía tiempo: la capacidad de creer en el amor como un acto de fe, como una fuerza capaz de transformar cualquier circunstancia. Vi en ellos una esperanza que, tras mi propio divorcio, pensé que no existía. Y me enseñaron que, incluso en las circunstancias menos ideales, el amor verdadero tiene la capacidad de abrirse paso como una preciosa y genuina flor creciendo entre la maleza.

Puede que fueran demasiado jóvenes, puede que la vida los pusiera a prueba con más desafíos que ni siquiera podían imaginar en aquel momento, pero lo que vi entre ellos fue algo que pocas veces he tenido el privilegio de presenciar: que el amor, a veces, sí que vale la pena.



DORA

Ahí estaba otra vez. Mi cita diaria, el momento que más disfrutaba de todo el maldito y agónico día... La luz siempre entraba de la misma forma por la ventana de la cocina. Una línea amarilla que se posaba en la encimera a eso de las nueve de la mañana y, poco a poco, se arrastraba hasta llegar al fregadero. Era uno de los pequeños placeres que tenía en mi vida, contemplar esa danza hipnótica y lenta mientras los ruidos a mi alrededor se iban desvaneciendo y lo único que quedaba era el olor que había provocado él al trastear con las tostadas quemadas.

La casa siempre estaba llena de ruidos antes de mi cita. A veces pensaba que nací para soportar ese tipo de caos; aunque, siendo sincero, nadie preguntó mi opinión sobre dónde quería vivir ni con quién, tan solo me llevaron allí en contra de mi voluntad.

La cara de ella era el primer recuerdo que tenía de esa nueva vida. No era que me mirase demasiado bien, todo había que decirlo, pero a mí tampoco me hicieron gracia esas manchas oscuras bajo sus ojos o el nido de pelos revueltos que tenía sobre la cabeza.

—Cariño, ¿qué es esto?

«Sublime. Encima es corta de entendederas».

—¡Sorpresa! —contestó una voz masculina que reconocí de inmediato. Aquel era el mismo tipo que había cerrado el negocio con mi anterior casero; un trato bastante inflado, a decir verdad—. ¿Qué te parece?

Aquellos perturbadores ojos me miraron con resignación.

—Fede...

—No necesita muchos cuidados, te lo prometo — mintió él. «¿Perdona?». Lo miré con incredulidad, aunque el tal Fede me ignoró vilmente. Estaba claro que el único entusiasmado con la idea de mi llegada era el musculitos sin nociones culinarias—. ¡Mira, Alana! Ven con papá...

Aquella fue la primera vez que escuché el nombre de la que, tiempo después, sería cómplice de mi verdugo: «Alana», una versión en miniatura de la mujer que aún me observaba con recelo, pero mucho más ruidosa.

Me asignaron un nombre absolutamente inapropiado: Dora. ¿Qué diantres le ocurría a aquella familia? Me pasé dos semanas defecando a la vista de todos por semejante insulto. ¿Es que no se daban cuenta de que nada estaba bien? No habían acertado ni con el género, por el amor del fitoplancton...

No contentos con eso, me ubicaron en un espacio redondo, sin adornos más allá de unas insulsas piedrecitas de colores lanzadas sin demasiado esmero ni gusto por la combinación cromática.

Desde entonces, me convertí en un espectador involuntario de la vida de los Remo Delgado. Hubiese jurado que ninguno de los dos sabía remar.

Poco a poco los fui conociendo. Al parecer, a Estrella le gustaba quedarse horas mirando fijamente unas hojas de papel mientras el día se iba oscureciendo. Si no hubiera sido porque a veces interactuaba con las otras personas que acudían a la casa, hubiese pensado que era un adorno más de aquella estrecha cocina. Fede entraba y salía constantemente, con diferentes prendas de ropa cada vez, pero siempre con ese aire alegre y entusiasta que parecía encantarle a todo el mundo excepto a mí. ¿A nadie más le sacaban de quicio esos músculos?

No me avergonzaba reconocer que solía escuchar sus conversaciones privadas; recuerdo especialmente la vez en la que ella se quejó por la falta de espacio. «Venga ya, seguro que pensarías de otra manera si vivieses conmigo una temporadita en este minúsculo recipiente que me habéis endosado».

—No sé cómo vamos a meter otra cuna aquí, Fede. Apenas cabemos nosotros...

—¿Y si te digo que tengo la solución? —le comentó él enseñando toda la blanca ristra de dientes al abrir la boca.

Rodé los ojos cuando le enseñó un nuevo papel. «Sublime, seguro que ella se pasará días observándolo, para variar».

—¿Qué es esto?

Me costó escucharla, ya que habló en un tono demasiado bajo, por lo que me pegué más al cristal.

—Léelo —le dijo con tanta emoción que casi me contagié.

Casi.

Estrella tomó el papel en las manos y los globos oculares, poco a poco, se le fueron asomando más y más, algo que la hizo lucir mucho más favorecida, a mi parecer.

—Fede...

—Aún queda trabajo por hacer, pero no quería mantenerlo más en secreto —le explicó con una sonrisa bobalicona. Al parecer, el musculito había conseguido algo grande—. Iba a esperar para decírtelo cuando ya estuviera lista, pero no quiero que te agobies, cielo. Nuestra nueva casa tendrá espacio suficiente para este y unos cuantos bebés más...

Rodé los ojos de nuevo. Genial, una casa más grande y más niños ruidosos, justo lo que cualquiera en su sano juicio como yo necesitaba en su senectud.

Sin embargo, noté algo en la mirada de Estrella. Un brillo, una emoción que no había visto antes en ella cuando enterraba la cara entre las hojas o en esos días que nos quedábamos los dos a solas y a ella le goteaban los ojos.

No me importa admitirlo: me infecté del entusiasmo de los dos. Era difícil no hacerlo cuando ambos reían más y hasta bailaban en la cocina con la niña entre los brazos. Sin embargo, algo no iba bien.

Tal vez fuera el cansancio de tanto observar por un cristal barato, o el hastío de una vida monótona como la que yo llevaba desde lo que parecían eones, no obstante, juraría que el cuerpo de Estrella se estaba deformando. Aquello no pintaba bien, una de mis primas había padecido algo similar y no había sobrevivido para contarlo...

El misterio fue creciendo al mismo ritmo que el bulto en su barriga, y Fede se volcó en ella con una ternura que hasta a mí me ablandó. Estrella parecía cada vez más cansada. También más contenta, algo inverosímil, aunque ya había asumido que así era aquella familia; intentar comprenderlos era inútil.

El matrimonio demostró una vez más su valía mental haciendo el traslado a la nueva casa el mismo día que celebraban el cumpleaños de la niña, que, casualmente, coincidió con el apocalipsis.

La casa se llenó de gente, la cocina de esferas flotantes de colores, y una enorme masa rosa ocupó mi lugar. Desde el rincón, observé cómo algunos niños corrían por todas partes, gritando y riendo.

«¿En qué diantres se ha convertido esto?, ¿en una paridera?», me pregunté alucinado.

Fue entonces cuando ocurrió. Uno de aquellos niños, seguido de Alana y algunos infantes más, se acercó a mis dominios y decidió que yo también debía participar en la celebración.

—¡Dora también quiere tarta! —gritó antes de lanzar un trozo al agua.

La masa rosa comenzó a disolverse rápidamente y a enturbiar la pecera. Mi mundo, teñido de rosa, comenzó a girar; todo se volvió confuso, sentí un peso enorme sobre el cuerpo y la visión se me nubló. Creo que cerré los ojos mientras me rendía a la gravedad o a lo que fuera que tiraba de mí hacia un profundo vacío que no dejaba de agitarse.

Ignoré los zarandeos, en algún momento incluso dejé de sentir, pero entonces noté algo... diferente.

Con mucho esfuerzo, abrí los ojos y me encontré en un lugar que solo podía describirse como el arrecife celestial. Supe que había muerto, pero no me importó, pues estaba como humano fuera del agua. El líquido en el que levitaba era cálido y cristalino, y había burbujas flotando a mi alrededor. Una luz dorada lo bañaba todo y, a lo lejos, unas algas ondeaban como si estuvieran saludándome.

«Así que esto es la muerte. Pues no está nada mal», pensé.

Cerré los ojos otra vez, disfrutando de la tranquilidad del lugar, pero algo me hizo abrirlos de nuevo. Al hacerlo, descubrí que no estaba solo. Frente a mí, una figura nadaba con gracia: una hembra con aletas largas y elegantes, y de un tono dorado que centeallaba bajo la luz del sol reflejando miles de colores. Fue lo más bonito que había visto en mi miserable vida; qué dulce ironía que fuese en mi muerte.

—Hola —Se me acercó con cautela y no pude hacer más que mirarla embelesado. Qué branquias más bien puestas—. ¿Estás bien?

Fui a contestar, pero entonces capté algo más.

Los vi a ellos. Observándonos desde varios puntos a nuestro alrededor y con caras preocupadas. Giré sobre mí mismo y comencé a deducir que aquello no era el paraíso, sino una pecera cuadrada y mucho más grande, con plantas de verdad, relucientes piedrecitas brillantes y hasta una pequeña cueva de cerámica donde poder refugiarme cuando no me apeteciese escucharlos.

—¿Estoy vivo? —pregunté.

Una armoniosa burbujeada llamó mi atención.

—Claro —respondió aquella hembra de prominente y seductora aleta caudal—. ¿Te han comprado en otra tienda? No creo haberte visto allí de donde vengo.

Poco a poco los recuerdos comenzaron a regresar. El caos de la fiesta, el trozo de tarta, la oscuridad... Y entendí lo que había pasado. Yo también tenía una nueva casa, una que no solo era más grande, sino que parecía pensada para mí, porque tenía todo con lo que llevaba años soñando.

¿Era posible que aquella familia de botarates se hubiera asegurado, no solo de darme una segunda oportunidad, sino de que estuviera cómodo y acompañado en el traslado?

Enfoqué mi vista en el cabeza de familia y moví la cola en señal de agradecimiento.

—¡Mirad qué contenta está Dora con su nuevo novio Tico! —dijo el musculitos.

Me giré hacia mi supuesto «nuevo novio Tico».

—No se lo tengas en cuenta, tienen mucho cuerpo pero poco cerebro.

—Me gustan —sonrió ella con inocencia.

—Ya. Por desgracia a mí también, pese a no dar ni una con el inspeccionado de gónadas...



Trabajar a los veinticuatro años de recepcionista en un hotel pequeño y familiar de la costa tenía sus ventajas, no me podía quejar. Entre las vistas al mar, los turistas despistados que necesitaban todo tipo de indicaciones y dejaban buenas propinas, y los grupos de chicas que venían a celebrar despedidas de solteras y cumpleaños, la verdad es que no solía aburrirme.

Sin embargo, aquel puente de mayo fue diferente; *replanteador*, si es que esa palabra existía.

Todo empezó cuando los vi entrar por la puerta principal. Ya solo con el ruido que hicieron supe que serían ese tipo de huéspedes especiales que dejan su huella pese a estar tan solo un par de días.

—¡Alana, despacio! ¡Cuidado con Bruno! —La voz masculina hizo eco en la solitaria recepción.

Una niña de unos seis años pasó corriendo *hall* adentro mientras empujaba un cochecito donde un bebé chillaba y movía las manos con efusividad. Se lo estaba pasando pipa.

El tipo, alto, de aspecto atlético y pelo rubio, soltó las maletas de cualquier manera e hizo un *sprint* para alcanzarlos.

—Ey, princesa... ¿Quieres que papá muera de un infarto nada más llegar? —bromeó sin dejar de sonreír.

Detrás de ellos entró una mujer joven, con un vestido suelto y veraniego, y una cara que me dejó babeando durante unos segundos. Era rubia, guapísima y tenía una expresión que era una mezcla perfecta entre dulzura y seducción. Hizo

el amago de agarrar el equipaje, pero él, con la chiquilla en un brazo y el carrito en la otra, le cedió el mando del cochecito y se hizo cargo de la situación.

—Hola, buenos días. Perdón por el escándalo —se disculpó el tipo cuando llegó a la recepción.

—Buenos días. Bienvenidos al hotel La Higuera —repetí mi saludo de manera formal y sonriente—. ¿En qué puedo ayudarles?

—Tenemos una reserva a nombre de Estrella Delgado.

Me tendió la documentación y la agarré con habilidad. No pude evitar mirarlos de soslayo. La niña andaba distraída haciéndole monerías al que supuse que sería su hermano pequeño, un bebé regordete y risueño de mofletes sonrosados, mientras que la guapísima mujer, Estrella, vigilaba a sus cachorros.

¿Habrían salido todos de un anuncio de champú de camomila?

Me fijé en la edad que marcaban los documentos de identidad. «Joder. Tan solo me sacan uno y dos años. Sí que han corrido, sí...», me dije.

Desplugué mis mejores dotes detectivescas.

—¿Vienen ustedes de vacaciones? —pregunté, intentando sonar profesional pese a que la curiosidad me picaba como una abeja molesta.

—Por favor, tutéanos. No somos tan viejos... —me pidió él con una sonrisa—. Algo así, ¿verdad, cielo? Estamos de celebración.

—¿Un cumpleaños?

—No. A la del cumpleaños la hemos dejado en casa... —Fruncí el ceño sin comprender y él se apresuró a aclarar—. Mi cuñada, la hermana de Estrella, cumple veinte mañana y la escapada nos va a costar cara, pero necesitábamos venir.

Se dirigieron una sonrisa cómplice y me apresuré a terminar el *check-in*, pues parecían necesitar un poco de intimidad. Les entregué la llave de la habitación 207, les expliqué que les subiríamos las maletas en unos minutos, y les facilité las indicaciones para llegar.

—Es una de las que mejores vistas al mar tiene.

—Muchas gracias, eres muy amable —me dijo el ángel de ojos celestes dirigiéndose a mí por primera vez.

—De..., de nada. —Carraspeé—. Si necesitáis algo más...

—¿Haces de canguro? Porque un poco de sueño no estaría mal —me respondió Fede guiñándome un ojo.

—Pues al lado de los ascensores tenéis el horario de la guardería y de los servicios de animación infantil —le respondí con camaradería.

—Genial. Gracias.

Nos despedimos y los observé alejarse por el pasillo. La niña correteaba delante mientras el bebé observaba a su hermana sin perder detalle y ellos iban a la cola agarrados de la mano.

Cuando volví a cruzármelos, horas después, parecían otros; ni rastro de niños, que supuse estarían con las animadoras, vestidos con ropa más elegante y con un brillo en los ojos que iluminaba la terraza entera donde estaban sentados para la cena.

Yo ya había acabado mi turno e iba a dar una vuelta para ver el ambiente como si fuera un huésped más —ventajas de ser el sobrino del dueño—, pero la curiosidad me pudo. En vez de centrarme en los grupos de chicas solteras, me acerqué un poco más a ellos sin ser consciente del todo de lo que hacía, fascinado por la complicidad que emanaban.

Fede alzó la copa y miró a mi ángel con una sonrisa enorme.

—Por la nueva socia del estudio —brindó.

—Por que hayamos acabado las obras de ampliación del centro de entrenamiento —replicó ella, chocando suavemente su copa con la de él.

Fede bajó la vista hacia el vientre de Estrella y posó su mano en él con ternura. Abrí los ojos con sorpresa.

—Y por nuestro nuevo renacuajo —añadió él y vi cómo mi ángel rodó los ojos, divertida.

—«Renacuaja».

—Será otro chico —insistió él.

—Ya verás como no —lo retó ella.

Los dos rieron como si estuvieran solos en el mundo, y en cierto modo, lo estaban, pues yo sobraba en aquella ecuación.

Decidí dejarles intimidad y retomé mi paseo de reconocimiento por el exterior.

Recuerdo que pensé que quería algo así en mi vida, una persona que me mirase como ellos se miraban entre sí. Ese anhelo extraño me burbujeó en el estómago, sin embargo, dos bombones se cruzaron en mi camino de buenas intenciones y, con una sonrisa traviesa, decidí que quizá podía esperar a los veinticinco para empezar a sentar cabeza.



el cartero

Treinta y siete años. Ese era el tiempo que me había pasado repartiendo cartas, paquetes y a veces incluso escuchando más historias de las que me tocaban, pero nunca me importó porque adoraba mi trabajo.

Ser cartero en un pueblo como Costa Serena significaba conocer a cada vecino y verlos casi cada día, y eso tuvo como consecuencia que mi último día de trabajo lo sintiera como el cierre de un capítulo importante en mi vida, como si me despidiera para siempre de parte de mi familia.

De entre todas las casas del pueblo tenía mis favoritas, por supuesto, y ese día dejé para el final a la más especial. Aquella parada siempre me alegraba el recorrido, y no solo porque solía terminar con una sonrisa y unos cuantos abrazos, sino porque los Remo Delgado eran únicos; eran parte de la vida que había construido a lo largo de esos años.

Se habían mudado al barrio cuando Alana era una renacuaja y el pequeño Bruno aún no había nacido, y desde entonces no solo habían crecido un poco más en número con la llegada de la preciosa Carolina, sino que habían enriquecido mi rutina con su alegría y su caos.

En aquella ocasión, en la furgoneta llevaba una entrega grande y tan pesada que por poco tuve que pedirle ayuda a Federico para sacarla. No era un paquete cualquiera, y lo sabía no porque lo hubiese abierto, sino porque llevaban días esperándolo y temiendo que no llegase a tiempo.

Justo antes de pulsar el timbre me embargó una alegría que se tiñó de melancolía. La puerta se abrió enseguida y una boca de dientes mellados y

sonrisa dulce me dio la bienvenida. Su madre venía unos pasos por detrás y se la veía claramente agotada, aunque no perdía esa calidez que siempre transmitía.

—Buenos días, señorita Alana. —Le hice una inclinación de cabeza a la niña, que sonrió con vergüenza—. Estrella. Ya llegó.

Ella se llevó una mano al vientre y suspiró.

—Menos mal...

—¡Don Andrés! —dijo su marido desde el interior de la casa. Cuando atisbé a verlo traía a Bruno y a Carolina cada uno agarrado por un brazo—. ¿Ya?

—Ya —confirmé y les mostré la caja a mi lado; en ella venía el nuevo cochecito que el matrimonio había pedido para sus gemelas, cuya llegada era inminente.

—Menos mal —repitió él.

—Justo lo que ha dicho su esposa —me reí—. Siguen siendo la pareja más sincronizada de todo el pueblo.

Ambos se miraron y sonrieron.

—Pase, don Andrés. ¿Quiere limonada casera? Hoy hace un calor horrible.

Asentí y el matrimonio echó a andar hacia dentro. Alana me agarró de la mano para seguirlos.

—No hace calor, ¿verdad? —me preguntó la chiquilla.

—Ni un poquito —susurré y ella me hizo un gesto nada disimulado hacia su madre y la barriga.

Cuando llegamos a la cocina me quedé parado sin saber qué hacer.

—¿Qué...? —pregunté con la voz teñida de emoción.

La hermana de Estrella agarraba una tarta de queso, mi favorita, y las lágrimas le corrían por la cara. Alicia, que así se llamaba, era otra de mis destinatarias habituales, pues también vivía en la casa familiar, o más concretamente en el garaje de la vivienda que acababan de reconvertir en un apartamento algo apretado pero eficiente.

—¡Sorpresa! —chilló Alana y se abrazó a mi cintura.

Bruno, ya libre de los brazos de su padre, corrió hacia mí con unas zancadas inestables e hizo lo propio con mi rodilla, que era lo que quedaba a la altura de su cuerpecito. La última en llegar fue Carolina, que gateó hasta toparse con mis pies. Me agaché para cogerla en brazos.

—De verdad, no era necesario nada de esto —dije a duras penas mientras mantenía a raya el nudo de mi garganta—. Con una limonada habría bastado.

—No podíamos dejar que te jubilaras sin una despedida a la altura —explicó Federico, que me palmeó el hombro.

—Esto es para usted —me dijo Alana con una seriedad que me conmovió.

Tomé la caja con cuidado y supe que iba a perder la batalla contra las lágrimas. Dentro había una taza con el nombre de la familia y una foto impresa de ellos en la parte trasera, junto con una nota escrita a mano que decía: «Gracias por ser parte de nuestra historia. Con cariño, los Remo Delgado».

—No sé qué decir... —musité parpadeando con rapidez.

Estrella se acercó y me dio un abrazo, algo torpe por la barriga, pero lleno de cariño.

—Usted es un miembro más de la familia, don Andrés. No sé qué vamos a hacer sin sus visitas.

—Bueno, espero que quien me sustituya esté a la altura —intenté bromear, aunque la voz me salió más quebrada de lo esperado.

Estrella se limpió las lágrimas.

—Perdón, deben de ser las hormonas...

—No nos abandone del todo, don Andrés —me pidió Alicia, emocionada.

—Eso —corroboró Federico—. Tiene que venir a visitarnos a menudo, ya ve que aquí se le va a echar mucho de menos.

Asentí con seriedad.

—Por supuesto. No me perdería por nada del mundo el tercer cumpleaños del pequeño de la casa en julio, o el octavo de esta preciosa señorita en septiembre. —Pellizqué la nariz respingona de Alana—. El de la benjamina está

más complicado siendo el día de fin de año, pero seguro que puedo hacer una escapada para venir a felicitarla sin que doña Luisa me mate.

—Pues yo espero que la próxima vez que te veamos sea antes de todo eso —añadió Estrella—. A Emma y Diana no les queda mucho para salir del horno.

—Aquí estaré —les prometí.

Cuando me monté en la furgoneta para regresar por última vez a la oficina, supe que echaría de menos sus sonrisas, su alboroto y el cariño con el que siempre me habían tratado. Pero también supe que, de alguna manera, siempre serían parte de mí. Porque algunas familias no se eligen, pero se quedan contigo para siempre. Y los Remo Delgado, sin duda, serían una de ellas.



Nunca olvidaré el día en el que decidí trasladarme a una zona costera, lejana y solitaria, con tiempo cálido la mayor parte del año y pocas precipitaciones anuales. Odiaba la lluvia y el frío, así que el plan parecía infalible. Parecía.

Mudarse siempre trae sorpresas; lo sabía de primera mano después de haberlo hecho en más de doce ocasiones durante los últimos siete años. Sin embargo, aquella vez la experiencia me dejó sin palabras, y no precisamente en el buen sentido.

No fue así desde el principio. Los primeros días reinaba el silencio, la paz y la tranquilidad. Recuerdo que pensé que había sido una brillante idea esperar a que pasase el verano para instalarme, y hasta elaboré un meticuloso plan de placeres diarios tras las horas de trabajo, como tomar un café en el porche con vistas lejanas al mar Mediterráneo. Era todo tan perfecto que parecía un sueño.

Pero mi realidad cambió unos días después.

Me encontraba en la buhardilla, mi rincón favorito de la casa; desde el primer momento en el que había visto la luz que entraba por las ventanas ovaladas, supe que ese sería el lugar perfecto para ubicar mi estudio. No tardé en montar allí mis caballetes, esparcir lienzos y colocar pinceles según tipo y tamaño.

Estaba sumido en mi mundo, intentando capturar la calma de mi nueva vida en una marina en tonos pastel, cuando un ruido inusual me sacó de golpe de mi burbuja. Risas, gritos y el inconfundible sonido de niños relacionándose

entre ellos. Al principio intenté ignorarlo, di por hecho que sería algo pasajero y ni me molesté en averiguar la procedencia. Pero el ruido persistía.

Molesto, me giré hacia la ventana y aparté la cortina.

Ahí estaban. En el jardín de la casa que quedaba justo a la espalda de la mía y que, hasta ahora, había estado desocupada. Fruncí el ceño al observar aquel espectáculo digno de una guardería descontrolada. Cinco niños correteaban de un lado a otro, el césped, antes impoluto, estaba lleno de juguetes, y el único adulto que logré atisbar estaba más ocupado en meter maletas que en amonestar a aquellos pequeños demonios.

—¿Qué narices...? —murmuré aferrando la cortina en un puño.

Quizá tendría que haber estado atento a las señales. Una vivienda como aquella, con una enorme barbacoa de piedra, cama elástica del tamaño de un ovni y una piscina tan bien cuidada, no podía estar deshabitada para siempre. Pero ¿quién demonios se iba de vacaciones a finales de septiembre?

Apreté la mandíbula y me obligué a darles la espalda. Había sido demasiado bonito para ser verdad. Bufé y volví al caballete, aunque la concentración se había esfumado de la ecuación. El ruido me había invadido la mente y me resultó imposible retomar el trabajo.

Una vez más, maldije haber heredado el fino oído de mi padre.

Los días siguientes no fueron mejores. Cada mañana, mucho más temprano de lo habitual, me despertaba con un sonido que no lograba identificar. Era una especie de golpeteo metálico que se repetía a lo largo del día y que no tenían ningún tipo de compás. Tiempo después entendí por qué aumentaba o disminuía de intensidad según los músculos de los tipos que entraran en el edificio lateral: allí había montado un gimnasio que regentaba el rubio al que los niños llamaban «papá». Por la tarde, llegaba el turno de las peleas y risas infantiles; a veces, a los cinco habituales se les unían más infantes —amigos, supuse—, para mi mayor tormento. Y cada noche terminaba con lo que solo podía describir como «las reuniones familiares más caóticas y llenas de ruido que jamás puedas imaginar».

Y así fueron pasando los días hasta noviembre, mes en el que todo cambió.

Era temprano cuando comenzó el barullo. Me tapé la cabeza con la almohada, dispuesto a no claudicar un fin de semana más, pero el tiempo fue pasando y la tan ansiada calma no llegó. Tampoco el sueño. Un buen rato después miré el reloj y solté un gruñido al darme cuenta de que, una vez más, me levantaría antes de las dos del mediodía.

—Qué tortura... —mascullé.

Para mayor castigo, pusieron música; una banda sonora perfecta junto con el bullicio constante de voces adultas. Decidí que había llegado el momento de averiguar qué diantres pasaba y tratar de ponerle fin.

Subí rumiando palabrotas y, de un tirón, me asomé de nuevo a la ventana desde la que tenía la mejor panorámica de mis molestos vecinos.

Entrecerré los ojos por la claridad y, una vez me hube acostumbrado, me di cuenta de que el jardín estaba decorado con guirnaldas y globos. Una mesa larga y llena de comida ocupaba el centro, y una marabunta de niños y adultos —más de los usuales— charlaban animadamente. En el centro de todo estaba él, el hombre rubio; esta vez llevaba en la cabeza una ridícula corona hecha de alguna especie de cartulina de colores.

Estaba claro, era su cumpleaños.

No obstante, y de manera imprevista, mi enfado inicial comenzó a desvanecerse mientras los observaba. Era cierto que nunca me había parado demasiado tiempo a contemplarlos desde la ventana; tan solo unos segundos, los suficientes para dedicarles unas cuantas quejas silenciosas y volver adentro. Sin embargo, en aquel momento me di cuenta de que había algo contagioso en aquella escena, en la hermandad y la alegría que desprendían, pues, al margen de seguir siendo ruidosa, también resultaba cálida y reconfortante.

Jamás admitiré haberme pasado horas observándolos, ni haberme subido algo de picar a mi santuario cuando el hambre me hizo rugir las tripas. Más tarde, cuando los invitados se marcharon y el jardín quedó más tranquilo —si es que

con esa familia podía utilizarse aquella palabra —, creí que el espectáculo había terminado. Pero, entonces, los rubios habituales se reunieron en el centro del césped y a mí se me comprimió el estómago por lo que supuse que sería una mala digestión debido a comer agazapado.

El padre, aún con la corona en la cabeza, extendió los brazos y atrajo a todos hacia él en un enorme abrazo. Las risas de los niños resonaron de un modo menos irritante esa vez, mientras la mujer, con el bebé de pelo oscuro en brazos, se inclinó para susurrarle al hombre algo al oído. Todos quedaron envueltos en una especie de burbuja de ternura que me resultó extrañamente conmovedora.

Resoplando con resignación, me enderecé y cerré la cortina de golpe. Pero, al bajar a la cocina, clavé los ojos en el teléfono que descansaba sobre la encimera.

Lo miré con detenimiento, como si aquel aparato pudiera desentrañar los pensamientos que me cruzaban la mente. Dudé unos segundos, quizá fueron minutos, antes de cogerlo y buscar un número que no había utilizado en demasiado tiempo.

—¿Vicente? —La voz desgastada por los años me hizo apretar los labios—.
¿Eres tú, hijo?

Cerré los ojos y permití que aquella última palabra se asentara en mi pecho, como una brisa suave después de una tempestad.

—Hola, madre...



Un enorme estruendo resonó en la planta alta seguido de un llanto desgarrador que me hizo abrir los ojos y soltar el trapo en la encimera.

—¡Mamá! —chillaron varias voces infantiles.

Estrella y yo salimos corriendo en dirección contraria, ella hacia las escaleras y yo directa hasta la puerta trasera, que abrí de un tirón y eché a correr como pude por el jardín tratando de no romperme la cadera o, peor aún, la crisma. Intenté llamar a Federico, pero la voz no me salía del cuerpo, así que hice caso omiso de la quemazón que sentía en las piernas y, resollando, irrumpí en el gimnasio.

Él estaba ayudando a un tipo que parecía un elefante africano a levantar unas pesas. Al percatarse de mi presencia, frunció el ceño aunque no dejó de sonreír. Me llevé una mano al pecho para tratar de recuperar el aliento y logré farfullar:

—Los niños...

Su cara cambió al instante. Le cedió todo el peso a aquel tipo que soltó un quejido sordo y, con una disculpa, corrió hacia la casa sin decir una palabra más, con la energía de un hombre acostumbrado al ejercicio y con alguna década menos que yo en su haber.

Lo seguí como pude. Cuando llegué al salón, Estrella terminaba de bajar las escaleras con una de las gemelas en brazos y un séquito de niños tras ella; la niña lloraba como si no hubiera un mañana.

—¿Qué ha pasado? —pregunté al acercarme.

A simple vista no parecía nada grave.

—¿Se va a morir? —exageró la pequeña Fabiola.

—No, cariño —le contestó Alana, la mayor de todos, abrazándola—. Emma solo se ha dado un golpe. Se pondrá bien.

—¡La he encontrado! —dijo Fede bajando con Diana, la otra gemela, en brazos.

No me cupo ninguna duda de que el pequeño diablillo tenía algo que ver en el accidente, pues su cara habló por ella cuando vio a su hermana llorando.

—Yo no la he tirado.

—¿Nos cuentas qué ha ocurrido? —le pidió Estrella sin dejar de consolar a Emma.

Fede cruzó una mirada con su hija y, sin palabras, le dejó claro que no había espacio para mentiras. Diana frunció el ceño y fijó la vista en el suelo.

—Estaban jugando a los astronautas y Diana le...

—¡Cállate, Carolina! —se quejó la aludida.

Estrella suspiró y yo me acerqué a la cuna parque, donde el pequeño Guillermo amenizaba la escena dando golpes con uno de los sonajeros.

—¿Crees que deberíamos llevarla al hospital? —preguntó Federico.

—No parece grave, pero se ha dado en la cabeza y no sé cómo de alto ha caído —explicó su mujer.

—Diana, por favor. —El padre se agachó a la altura de la pequeña de siete años y le sonrió—. No pasa nada, ¿vale? Solo necesitamos saber qué ha pasado exactamente. No queremos que le ocurra nada a Emma, ¿verdad?

La pequeña suspiró de forma teatral y hundió los hombros.

—Está bieeen... Yo era la capitana y Emma la copiloto, pero el cohete se ha desestabilizado y se ha caído. La misión se ha estropeado antes de *alucinar*.

—Se dice «alunizar». Y si se ha dado un golpe en la cabeza puede morirse.

Me giré hacia el matrimonio apretando los labios. Fede negó con la cabeza en dirección a Carolina, que más que tener nueve años parecía una adulta.

—Gracias por la información, cariño, pero seguro que no ha sido para tanto, ¿verdad?

—Llevadla —les dije cogiendo a Guille en brazos—. Así nos quedaremos más tranquilos.

—Sí, creo que va a ser lo mejor.

Sonreí a Estrella con cariño.

—No os preocupéis, yo lo mantendré todo bajo control. Vosotros id con calma y que revisen a la niña.

El matrimonio se miró durante unos segundos. Federico finalmente asintió y se puso en marcha.

—Eres la mejor —me dijo cuando pasó por mi lado. Me dio un beso en la mejilla.

—Eso se lo dirás a todas —bromeé y él soltó una breve carcajada.

Se dirigió a la entrada para coger las llaves mientras Estrella le daba indicaciones a Alana y a su amiga África para que me echasen una mano. Las dos quinceañeras se hicieron cargo de los más pequeños y los llevaron al sofá para entretenerlos con una película.

Yo los acompañé a la entrada y, cuando el coche se perdió calle abajo, cerré y me apoyé en la pared para tratar de tomar aliento. Sin embargo, la paz duró poco, pues antes de poder recuperarme del susto la puerta sonó de nuevo.

—Ay, Dios mío. Pero ¿se puede saber qué te ha pasado? —Me alarmé al ver a Bruno, el único hijo que faltaba, con toda la rodilla ensangrentada.

—Me he caído de un árbol, Juani. No veas cómo duele... —se quejó a punto de perder la batalla contra las lágrimas.

—Jesús, María y José. ¿Qué os ocurre hoy a todos con la gravedad? ¿Queréis matarnos de un susto? —me quejé y, un segundo después, fruncí el ceño—. Un momento... ¿Qué es eso que traes ahí?

El muchacho miró hacia abajo y se encogió sobre sí mismo.

—Nada.

—¿Cómo que nada? Eh... Ven aquí...

—¡Cuánta sangre! —dijo Diana entusiasmada al fijarse en su hermano.

—¡Bruno! —se alarmó Alana al verlo.

—Si se te infecta te tendrán que amputar la pierna —fue el turno de Carolina.

Lo seguí y pude ver el momento exacto en el que la actitud del muchacho cambió radicalmente. Inspiró hondo, se irguió en ese delgaducho cuerpo e hizo como si tener la rodilla hecha puré no fuera nada del otro mundo.

—Oh, por favor... —exclamó la amiga de Alana acercándose a él—. ¡Qué monada!

Cerré los ojos con consternación cuando un bicho peludo asomó la cabeza por la tela sucia de la camiseta.

—¿Es una ardilla? —le preguntó Alana, acercándose a ellos.

—Sí. Un perro mató a su madre y no pude dejarla allí sola —explicó con los ojos brillantes y el pecho hinchado de orgullo—. Me costó bastante porque estaba muy asustada, pero al final la pude rescatar.

Suspiré, me crucé de brazos para mantenerme firme, pero al ver cómo la criaturita peluda se acurrucaba en el abdomen de mi chico, el corazón se me ablandó. Ese muchacho tenía un corazón enorme y se desvivía por los animales, pero yo me podía quedar sin empleo como el matrimonio llegase a casa y descubriese a la inesperada mascota.

—Anda, ven aquí. Vamos a limpiar esa rodilla antes de que se te infecte y después pensamos qué hacemos con tu nueva amiga, ¿te parece? —Tiré de él para que se separase de las chicas.

La sonrisa bobalicona se le esfumó de la cara en cuanto se dio media vuelta y se dio cuenta de que me dirigía hacia al botiquín.

—Juani, ¿me puedes curar en el baño? —me preguntó en voz baja.

Sonreí para mis adentros. Tan valiente para unas cosas y tan niño para otras...

—Está bien, pero solo porque eres tú.

En realidad, lo haría por cualquiera de ellos, porque hacía tiempo que sentía a esa familia como parte de la mía. Pese a que fueran un imán para el caos, algo normal con tantos hijos, esa locura venía cargada de amor, generosidad y una energía que hacía que cada día allí fuera una aventura. Y ser parte de su mundo significaba aceptar los imprevistos y encontrar en ellos la calidez y el amor de una familia que me hacía sentir como en casa.

Bendito el día que me contrataron para unirme a su batallón; no los cambiaría por nada del mundo.

Nota de la autora

Si te has enamorado un poquito de la familia Remo Delgado y te apetece seguir conociendo sus aventuras, te invito a ello.

Quiero que sepas que me he preocupado por que todas las novelas que componen la serie Costa Serena se puedan leer de forma independiente. Antes de ser escritora soy lectora, y sé lo que es enfrentarte a una serie taaan larga, teniendo tantos libros por leer de otras autoras, por lo que, si te apetece leer una en particular, no tengas miedo de hacerlo; la vas a disfrutar sin problema y entendiéndolo todo.

Eso sí, si tu intención es leerlas todas, te recomiendo que lo hagas en el orden de publicación que verás en Amazon o en el árbol genealógico de la revista, pues, como has podido comprobar en estos relatos, la vida sigue y las familias crecen, por lo que seguir ese orden sería lo mejor para no destriparte las historias venideras.

No me quiero despedir sin decirte que apoyar el trabajo de una autora independiente, que se costea todo el proceso de edición y publicación de un libro e intenta sobrevivir con los beneficios, es primordial para que esta pobre alma descarriada pueda seguir escribiendo y publicando sus novelas.

Te agradecería que, si te ha gustado mi trabajo, me apoyes comprando alguno de mis libros —son baratitos. Un café con espumita y canela te sale más caro, palabrita—, y reseñándolo en Amazon o redes sociales. Así no solo ayudarás a que más lectoras me conozcan, sino que me proporcionarás la gasolina necesaria para que la máquina de mi cerebro, que se empeña en consumir felicidad y horas de sueño, siga siendo productiva, y pueda seguir mejorando.

Hasta que me vuelvas a leer,
Maca Ferreira.



SERIE COSTA SERENA VOL. 1
(DISPONIBLE EN [AMAZON](#))

«Una novela romántica actual, dulce y divertida, que nos muestra cómo el destino puede jugar con el presente, utilizando el pasado a su favor»

Alicia, una chica de talla grande y con un corazón enorme, cree llevar una vida perfecta llena de risas y locuras. Su refugio es el garaje de la casa de su hermana y de su familia numerosa, mientras su mejor amigo y compañero de trabajo es su divertido exnovio.

Con mucho esfuerzo, Alicia ha logrado convertir su pasión por la comida en una exitosa carrera, gestionando su popular canal de YouTube: Misschelines. Todo parece ir sobre ruedas, hasta que el destino le regala unas cuantas sorpresas.

Una de ellas es la reaparición de su primer amor, Adriel. Él fue ese chico especial que la hizo suspirar en la adolescencia y con quien vivió algunas de sus primeras experiencias. Ahora, años después, Adriel ha crecido y se ha convertido en un hombre muy interesante, aunque un tanto peculiar.

Acompaña a Alicia en un viaje lleno de turbulencias en el que tendrá que decidir si lucha por reconstruir su vida y proteger su corazón, o lo deja volar todo por los aires sin pensar en las consecuencias.

Dicen que el primer amor nunca se olvida, y también que el único fruto del amor... es la manzana.

«Una bonita novela romántica en la que se refleja la importancia de quererse a uno mismo y el significado de la palabra amistad».

«Maca caracteriza tan bien a Alicia que lloras con ella, ríes con ella y te enamoras de ella. Además, domina de maravilla eso de mover los hilos de tantos personajes».



SERIE COSTA SERENA VOL. 1'5
(DISPONIBLE EN [AMAZON](#))

«Una novela corta cargada de humor, algo gamberra y contada por el protagonista masculino»

Me llamo Leonardo y a veces me pregunto si mis padres podrían haber imaginado que mi nombre llevaría implícita mi pasión por el arte y que terminaría enamorándome de la mismísima Mona Lisa en carne y hueso.

Como buen aventurero que soy, decidí dar un giro a mi vida y empezar de cero en una ciudad desconocida, una elección que lo cambiaría todo para siempre. Desde que conocí a Leire, mi nueva jefa, me sentí atraído por ella, aunque intuí que detrás de su enigmática sonrisa había mucho más de lo que mostraba al mundo.

A pesar de su actitud fría y distante, de su carácter a veces insoportable y de los riesgos que corría poniendo en peligro mi nuevo puesto de trabajo, no me rendí en mi intento de despojarla de todas sus máscaras. Pero incluso para un experimentado guerrero como yo hay batallas que parecen imposibles de ganar.

¿Seré capaz de descubrir cada uno de sus misterios antes de perderlo todo?

«La autora transmite los sentimientos con gran maestría, pues lo mismo estás sufriendo, que perdidamente enamorada o tronchándote de risa, y quiero recalcar esto último porque su gran sentido del humor es un plus».

«Divertida, con muchas escenas de alto voltaje y con un toque emotivo que te conquista desde la primera página. Además, está narrada desde solo el punto de vista masculino, algo que no suele verse y que me ha gustado mucho».



SERIE COSTA SERENA VOL. 2
(DISPONIBLE EN [AMAZON](#))

«Una novela que nos muestra que el amor no tiene edad ni fronteras. Una historia sobre la vida, el crecimiento personal y la importancia de correr riesgos, y que nos enseña que, en ocasiones, es necesario arriesgar para descubrir quiénes somos realmente».

Alana tiene veintidós años y una vida organizada, aparentemente perfecta y estable. Acaba de terminar su carrera universitaria y tiene un plan de futuro claramente definido, en el que el apoyo de su familia es el pilar principal. Todo lo contrario a Hans, que a sus treinta y cuatro años puede asegurar tener la vida que siempre ha soñado, llena de aventuras, sin ataduras, rumbos fijos ni compromisos.

Tras una jugada maestra del destino, sus caminos se unirán y, a pesar de las barreras evidentes como la diferencia de edad, de estilos de vida y de expectativas, Alana y Hans sentirán una atracción innegable que no podrán ignorar.

A ella le atrae la espontaneidad y libertad de Hans.

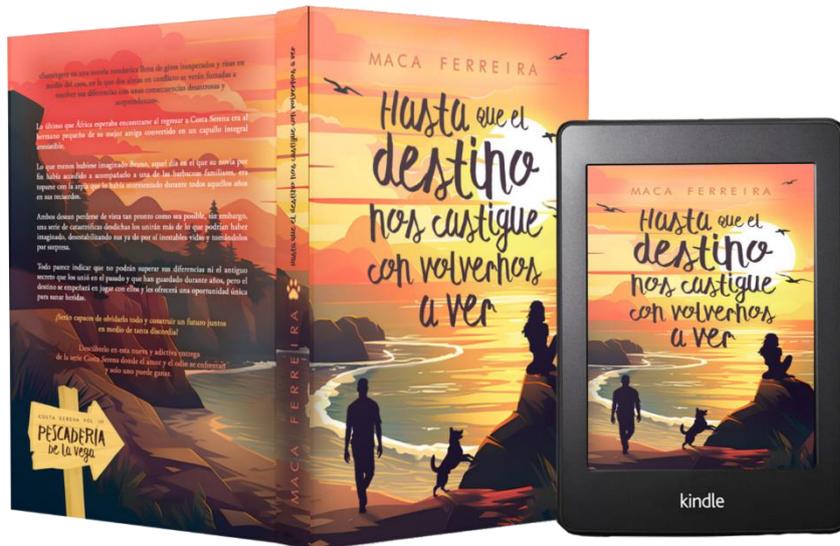
A él le fascina la determinación y sencillez de Alana.

Ambos tendrán que salir de su zona de confort y enfrentarse a sus mayores miedos si quieren superar sus diferencias y encontrar un equilibrio común. ¿Serán capaces de lograrlo?

Porque, a veces, las mejores cosas suceden cuando menos las esperamos.

«La evolución de la pareja protagonista ha sido una de las cosas que más enganchadas me ha tenido, ver cómo dos personas tan distintas entre sí, convergen y se tornan perfectamente complementarios el uno del otro».

«Un libro con un hermoso romance que nos demuestra que para el amor no existen edades».



SERIE COSTA SERENA VOL. 3
(DISPONIBLE EN [AMAZON](#))

«Sumérgete en una novela romántica contemporánea llena de giros inesperados y risas en medio del caos, en la que dos almas en conflicto se verán forzadas a resolver sus diferencias con unas consecuencias desastrosas y sorprendentes».

Lo último que África esperaba encontrarse al regresar a Costa Serena era al hermano pequeño de su mejor amiga convertido en un capullo integral irresistible.

Lo que menos hubiese imaginado Bruno, aquel día en el que su novia por fin había accedido a acompañarlo a una de las barbacoas familiares, era toparse con la arpía que lo había atormentado durante todos aquellos años en sus recuerdos.

Ambos desean perderse de vista tan pronto como sea posible, sin embargo, una serie de catastróficas desdichas los unirá más de lo que podrían haber imaginado, desestabilizando sus ya de por sí inestables vidas y tomándolos por sorpresa.

Todo parece indicar que no podrán superar sus diferencias ni el antiguo secreto que los unió en el pasado y que han guardado durante años, pero el destino se empeñará en jugar con ellos y les ofrecerá una oportunidad única para sanar heridas.

¿Serán capaces de olvidarlo todo y construir un futuro juntos en medio de tanta discordia?

«La historia de reencuentro entre África y Bruno te sorprenderá. Pasa de enemies to lovers a friends to lovers, y a oda a la familia y a la amistad, y los puntos eróticos son sublimes».

«Divertida, ácida, apasionada y todo un cóctel de sentimientos y emociones».



SERIE COSTA SERENA VOL. 3'5
(DISPONIBLE EN [AMAZON](#))

«Embárcate en este delicioso viaje lleno de descubrimientos, risas y la promesa de que, a veces, el paraíso se encuentra justo donde late el corazón»

Fede y Estrella se conocieron cuando más se necesitaban y enamorarse les resultó inevitable. Su amor se hizo fuerte, sorteó numerosos obstáculos y fue madurando junto a ellos; sin embargo, después de tanto tiempo, Fede siente a su mujer más lejos que nunca y teme perderla.

Situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas, y lo bueno de una familia tan numerosa como la de los Remo Delgado es contar con apoyo y ayuda para orquestar todo un plan de reconquista.

¿Será suficiente para sanar las grietas de su relación y devolverles la felicidad que tanto anhelan?

Acompaña al matrimonio preferido de Costa Serena en este viaje de autoconocimiento, superación y reconexión.

«La atracción culpable que sienten los protagonistas atraviesa muros y derrite la preciosa nieve de la portada».

«Un chico peculiar y adorable, una chica que empieza a descubrir que quiere ser ella misma y tomar sus propias decisiones, y un romance precioso».



SERIE COSTA SERENA VOL. 4 – GEMELAS I
(DISPONIBLE EN [AMAZON](#))

«Una novela romántica contemporánea llena de emociones, donde la identidad, el amor y la verdad se entrelazan bajo el peso de una mentira»

Emma ha pasado toda su existencia a la sombra de su gemela, siempre cediendo ante su carácter dominante. Sin embargo, esta vez su hermana irá más lejos de lo que jamás imaginó, pues le pedirá que la suplante y rompa con la relación que ella misma no se atreve a terminar.

Lo que debía ser un simple viaje a la otra punta del país se complica cuando una tormenta de nieve la deja atrapada en una masía en la montaña.

Y no estará sola...

En medio del aislamiento, Emma no solo deberá lidiar con la carga de sus decisiones presentes y pasadas, sino también con las sensaciones inesperadas que su acompañante despierta en ella.

No tardará en descubrir que lo que empezó como una mentira se puede convertir en la experiencia más auténtica de su vida; pero la verdad, tarde o temprano, siempre sale a la luz.

¿Podrá Emma reunir el valor para dejar atrás su pasado, enfrentarse a sus sentimientos y luchar por lo que realmente quiere?

«La atracción culpable que sienten los protagonistas atraviesa muros y derrite la preciosa nieve de la portada».

«Un chico peculiar y adorable, una chica que empieza a descubrir que quiere ser ella misma y tomar sus propias decisiones, y un romance precioso».



SERIE COSTA SERENA VOL. 5 – GEMELAS II
(DISPONIBLE EN [AMAZON](#))

«Una historia de amor, redención y deseo, donde las sombras del pasado chocan con la tentación del presente y el amor se convierte en el desafío definitivo»

Diana ha aprendido a construir muros alrededor de su corazón para ocultar cicatrices que nadie puede ver. Se enfrenta al mundo con una actitud desafiante que la mantiene a salvo, pero todo cambia cuando una mentira inesperada la arrastra a un juego tan arriesgado como atractivo.

Lo que comienza como una estrategia para esquivar sus problemas pronto se complica al conocer a Rachel, una mujer cuya sonrisa, junto con un tentador hoyuelo que parece tener vida propia, consigue desarmarla por completo. ¿Cómo algo tan pequeño puede tambalear el mundo de alguien que lo ha visto todo?

Esta vez, huir no será suficiente. Diana tendrá que enfrentarse al mayor desafío de su vida: aprender a confiar, a sentir y a abrirse al amor por primera vez, mientras combate su miedo más profundo: perder a Emma, su gemela y única conexión verdadera.

¿Podrá Diana derribar sus propias barreras y aceptar los sentimientos que tanto ha evitado o permitirá que sus heridas definan su destino para siempre?

«La evolución de la protagonista es una de las más potentes que he leído, además, la historia romántica es sumamente bonita, de esas que te tocan el alma y te hacen suspirar».

«Es una historia de emociones a flor de piel, de heridas abiertas, de amor y de perdón con la que la autora se ha superado sin perder ese toquecito de humor que la caracteriza».

Biografía



Macarena Ferreira nació en un frío mes de diciembre de 1985 en Sevilla (España) y es la pequeña de su casa, aunque casi siempre ha sido la primera en todo. Felizmente casada con su marido y su hipoteca (con esta última no tan felizmente), vive en un pueblo del Aljarafe sevillano acompañada de su marido, sus mascotas y sus dos hijos, Paola y Álvaro, los grandes motivos de sus sonrisas cada día. Independiente, con gran sentido del humor, metódica y algo impulsiva, estudió Gestión Administrativa y Marketing Comercial. Lectora empedernida y, durante muchos años, bloguera y reseñadora, utilizó su blog para dar a conocer su faceta de escritora compartiendo uno de sus relatos, lo que la llevó, gracias a los mensajes que recibió de apoyo y ánimo, a continuar escribiendo y terminar publicando.

Su primera novela: Descubriendo a Valentina (mayo 2015) fue autopublicada y reeditada posteriormente con la editorial Planeta en marzo del año siguiente. Bajo el mismo sello se editó Conquistando a Rebeca (septiembre 2018), secuela de esta primera, y No dejes para mañana las ganas que me tienes hoy, novela autoconclusiva que salió al mercado en mayo de 2019.

En junio del año 2020 vio la luz su publicación más especial, un cuento infantil que creó conjuntamente con su hija: El cuento de la buena pipa.

Diario de cuarentena: desvaríos de una madre desquiciada se puso a la venta en octubre de 2020, un diario personal cargado de ilustraciones inéditas donde narra sus peripecias, en su habitual tono cómico, durante los momentos que vivió con su familia en el confinamiento mundial debido al Covid-19.

Su serie Costa Serena, de corte romántico contemporáneo, es su actual proyecto. De ella podrás encontrar publicadas hasta la fecha: El único fruto del amor es la manzana (diciembre 2022). Regálame tu sonrisa, Mona Lisa (marzo 2023). Eres la excepción que desmonta mis planes (junio 2023). Hasta que el destino nos castigue con volvernos a ver (noviembre 2023), Regálame una eternidad a tu lado (febrero 2024). Morir por tu amor es el precio de mi libertad (octubre 2024). Morir por tu amor es la condena a mis mentiras (diciembre 2024), y el relato que acabas de leer: Al otro lado del camino (enero 2025).

En su cabeza ya existen otras historias y entregas que han comenzado a correr por sus dedos, por lo que promete volver pronto a hacernos reír y disfrutar.

Descubre la última hora de la autora en sus redes sociales:



@macaferreirab



Maca Ferreira - Autora



www.macaferreira.com